

no, Goa, Molucas, el Japón... el sexto y último de los hijos de una noble familia a la española, cristiana, patriota y unida.

Año feliz y triste al mismo tiempo para España. Cristóbal Colón, que llevó el espíritu evangélico de la España inmortal a un Nuevo Mundo, entrega su alma a Dios. La Providencia nos depara un nuevo descubridor y conquistador de almas, de talla universal, que también lleva una civilización gloriosa y la Gracia Divina a millones de seres sedientos de fe: el Apóstol del Japón.

Don Miguel y don Juan, sus hermanos mayores, en las largas y soñadoras horas de una juventud deseosa de aventuras, en aquel tiempo de oro del sol hispano, a la reposada y clarividente sombra del castillo de Javier, le hablan, una y otra vez, de la belleza, de la gallardía, del orgullo de una vida dedicada a la carrera de las armas. También Francisco quiere descollar, quiere conquistar, quiere iniciar nobles y briosas empresas, pero por un camino distinto e igual al de su padre, que alcanzó el doctorado en la Universidad de Bolonia. Y por eso bebe en la mejor fuente de la intelectualidad de aquella época: la Universidad de París.

Javier posee un caballo y mantiene un estudiante pobre. Los estudios le son fáciles, y en los deportes, que practica en las orillas del Sena, también sobresale. No le faltan tampoco amigos al alegre y jovial navarro, pero el temor de Dios y el fatal ejemplo de las asquerosas apostemas que él observa en sus amigos le preservan del vicio. Por fin, la guía magnífica de su profesor, el español Juan de Peña, contribuye a la perseverancia en el estudio y en la virtud. Más adelante un nuevo discípulo procedente de los Alpes saboyanos, Pedro Fabro, compañero ya para siempre, había de influir notablemente en la trayectoria espiritual de Javier.

Así llegó el año 1528. Apareció entonces en París, cojeando, un estudiante de cierta edad, enjuto, de mediana estatura, barba negra, rasgos nobles y curtidos y con el traje talar negro de los estudiantes de París, que antes combatió en Pamplona contra los hermanos de Javier. Era el noble vascongado Iñigo de Loyola, hospedado en el hospital en calidad de mendigo, y a quien pronto se le unieron tres compatriotas.

En septiembre de 1529, después de mendigar por tierras de Flandes, se alista el guipuzcoano en el convictorio de Santa Bárbara. Conviene en una misma habitación con el maestro Peña, Javier y Fabro. Aquí empieza la labor continua de Ignacio, la comunión dominical en los cartujos de Saint-Jacques, el preludio que había de arrastrar a Javier a la ruta inmortal que Dios le había señalado para provecho eterno de su alma y también para la gloria y esplendor de España.

Nuestro «maestro don Francisco» ha terminado, allá por el 1530, los estudios filológicos. Ha estudiado profundamente a Aristóteles, a Santo Tomás, a Pedro Lombardo. En la estantería de su celda aparecen, ya muy usados, la *Dialéctica* del filósofo griego, el discutidísimo comentario de Avicenna y la *Suma Teológica*. Su trayectoria es clara; doctorado en París, ocupará una canonjía en Pamplona, más tarde llegará a obispo y ganará 24.000 ducados, cifra magnífica en el siglo XVI.

Lo mismo que Kopp y que Juan Calvino, el maestro Francisco siente una inmensa pasión por el clasicismo de los humanistas. Ignacio discute con él porque en el humanismo se ocultan los errores de Lutero. Javier tiene grandes proyectos, soberbias aspiraciones, pero el santo de Loyola le bombardea mil veces, le martillea sus oídos con aquella sublime y celestial sentencia: «¿Qué le apro-